

Hubeñak, Florencio

*Terra et urbs: la búsqueda de la mentalidad
del ciudadano de la Roma republicana*

Artículo publicado en:

Res Gesta N° 22, 1987

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Hubeñak, Florencio. "Terra et urbs : la búsqueda de la mentalidad del ciudadano de la Roma republicana" [en línea]. *Res Gesta* nro. 22 (1987). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/terra-urbs-mentalidad-ciudadano.pdf> [Fecha de consulta:]

TERRA ET URBS: LA BÚSQUEDA DE LA MENTALIDAD DEL CIUDADANO DE LA ROMA REPUBLICANA¹

Los historiadores del siglo pasado —influidos por el romanticismo— se referían al "espíritu de los pueblos", los idealistas, en cambio, se inclinaban por buscar la "cosmovisión" (*Weltanschauung*) —concepto que nosotros mismos hemos utilizado en otras oportunidades y que nos parece atinado para el tema—; mientras que la historiografía de nuestra época —básicamente la Escuela francesa de Annales— ha puesto de moda el término "mentalidad", entendiéndola generalmente como el estudio del "inconsciente colectivo"².

Precisamente éste es el objetivo del presente trabajo, en la medida en que intentamos encontrar cuál fue la "cosmovisión" del hombre romano durante el período republicano.

Nuestro interés por el tema se remonta a más de una década y se originó cuando cayó en nuestras manos el sugestivo trabajo de Reginald Barrow, profesor de la Universidad de Oxford, quien en su ensayo sobre *Los romanos*, ya en 1949, escribía: "la mentalidad romana es la mentalidad del campesino y del soldado; no la del campesino ni la del soldado por separado, sino la del soldado-campesino"³.

Una búsqueda como la que intentamos conlleva para el historiador —acostumbrado a manejarse con hechos— una serie de dificultades adicionales, pero nos parece que no justifican esquivar el tema, que —en nuestra opinión— hace al fondo de la intelección del hombre romano.

Ya en otra oportunidad⁴ habíamos señalado la necesidad de tratar de comprender al hombre de un período histórico determinado en forma integral, especialmente tratando de captar cómo él entendía la época que le tocaba vivir y cómo actuaba en consecuencia, evitando los tan comunes anacronismos de emplear nuestros valores y esquemas contemporáneos para entender al hombre precristiano, lo cual lleva a graves errores de apreciación. Allí decíamos "la sumatoria integrada de todos estos aspectos nos aporta la cosmovisión de una época, o sea, la visión del mundo que el hombre se formó en dicha época y su actitud frente a la misma". También analizábamos en dicha oportunidad cómo el hombre actuaba de acuerdo con sus ideas y a la vez su actuar generaba nuevas ideas, interrelación que no podemos limitar a un discutido "inconsciente colectivo" como si el hombre nunca fuera responsable de sus ideas.

El problema más importante surge cuando observamos que la búsqueda de la "mentalidad" y sus valores, "lo que los hombres piensan, sienten y hacen"⁵, nos conduce indefectiblemente a rastrear los oscuros orígenes de Roma, cuando ésta se esboza y comienza a conformarse.

Allí nos encontramos con la escasez de fuentes que aporten hechos y debemos manejarnos fundamentalmente con obras literarias; éstas, más allá de los datos, nos permiten vislumbrar el espíritu inspirador que refleja esa mentalidad. En la mayoría de los casos esas fuentes son muy posteriores al período que nos interesa pero reflejan —como bien sabemos—, aunque en algunos casos de modo deforme, el "espíritu" de ese hombre primigenio.

Los orígenes y la fundación de Roma

Para iniciar esta búsqueda debemos recordar que aunque el hombre emplee diferentes categorías de pensamiento y diversas formas de expresarse, la esencia es siempre religiosa⁶, de manera que no podemos omitir referirnos a los orígenes míticos o religiosos⁷.

Sobre los orígenes recordemos que Roma surgió a consecuencia de las invasiones de una

¹ Artículo publicado en: *Res Gesta*, 22, julio-diciembre 1987.

² Véase el reciente trabajo de Michel Vovelle, *Ideología y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985, donde el autor rescata, en un contexto marxista, la importancia del estudio de las superestructuras mentales.

³ Reginald Barrow, *Los romanos*, México, FCE, 1950, pág. 12

⁴ Un intento de aproximación histórica: el esquema cosmovisional.

⁵ Barrow, *Op. Cít.*, pág. 14.

⁶ *Ibidem*, pág. 12.

⁷ El mito se ha convertido para la mayoría de sus especialistas en la forma secularizada de nombrar a la verdadera expresión de la religiosidad.

serie de pueblos de origen indoeuropeo que se asentaron en la península itálica —como en el resto de la Europa mediterránea— estableciendo en cada una de las localidades una serie de pequeños poblados que, al sedentarizarse, se caracterizaron por conservar un hogar doméstico en que se celebraba el culto al fuego y a los antepasados, como magníficamente lo expusiera ya en el siglo pasado Numa Fustel de Coulanges en "La ciudad antigua"⁸.

Estos pueblos estaban socialmente organizados sobre la base de la familia, integrada por todos los consanguíneos que compartían el mismo culto del hogar o como decía Platón "el parentesco nace de la comunidad de los mismos dioses domésticos" (*Leyes*, V). Esa misma estructura dio origen a su organización política, difícilmente desvinculada —en dicha época— de la social y menos aún de la religiosa. La familia estaba presidida por el *pater-familiae*, quien a su vez cumplía las funciones sacerdotales. Al expandirse esta estructura familiar y dar lugar —mediante la agrupación de varias familias— a la vida urbana políticamente organizada, la función religiosa fue asumida por el *Rex*, que originalmente ejercía además el poder político y el judicial.

Por tratarse de pueblos esencialmente pastores y luego —por necesidad— agricultores, las actividades rurales estaban identificadas de manera significativa en los orígenes de la comunidad socio-política del Lacio, de tal modo que sobresalían las festividades agrícolas como la recolección. Entre las primeras divinidades antropomórficas debemos mencionar a Marte —primera festividad del calendario religioso romano—, considerado primitivamente el dios de los campos y más tarde también de la guerra, en la medida que estos mismos campesinos tuvieron que prepararse para defender sus posesiones en un medio básicamente hostil, como claramente se percibe en la historia primitiva de Roma.

El fuego sagrado —que se celebraba culturalmente en torno al hogar— delimitaba claramente un recinto sagrado, cuya expresión se ampliaba a todo el espacio que le rodeaba y más adelante a la propia ciudad.

El hogar doméstico estaba vinculado asimismo a la tierra, que el romano primitivo celebraba como una divinidad materna (*Terra Mater*); como también se relacionaba con el hombre, pues no debemos olvidarnos que el término *homo* posee la misma raíz que *humus*.

El *pater-familiae* —cabeza de una estructura familiar que ha persistido hasta nuestros días— era el único que conocía todos los ritos propiciatorios y los nombres secretos que, junto al lento aprendizaje de las técnicas, facilitaban la labor del campo. La mayoría de las virtudes propias del hombre romano, que luego señalaremos, tuvieron su origen en este medio.

El asentamiento de la propia Roma —como está acabadamente demostrado— tuvo su origen en una tierra muy rústica y aun insalubre que obligó a los pobladores primitivos a una ardua tarea de adaptación al medio y modificación del mismo⁹ y llevó a los pocos campesinos que establecieron sus cabañas en la colina del Palatino a trabajar las tierras vecinas, comenzando una constante expansión, propia del mundo romano.

En el Forum¹⁰ se conservaban vestigios de estos orígenes agrarios en la higuera Ruminal, un ciprés y un *lotus*. También en las letanías antiquísimas (*indigitamenta*) que convocaban los númenes del arador (vervactor, redarator, imporcitor, insitor), sembrador (obaractor), rastrillador (sarritor), segador (messor) o al que velaba por el fin de la cosecha (conditor)¹¹.

⁸ Numa D. Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua* (hay numerosas ediciones en castellano). La tesis del autor ha sido muy atacada por la historiografía de las últimas décadas, especialmente basándose en los descubrimientos arqueológicos que invalidan muchos de los datos que proporciona. Un ejemplo típico de esta crítica lo encontramos en el destacado helenista M. Finley, en su obra *La Grecia antigua. Economía y Sociedad*, Barcelona, Crítica, 1984, donde, tras una serie de consideraciones de índole general, concluye su crítica afirmando que su diferencia radica en que aquél "sustituye el modo de subsistencia por la religión" (pág. 44). Si todas las críticas consisten en un planteo de estas características, por seriedad intelectual no podemos menos que quedarnos con las tesis de Fustel de Coulanges y seguir considerando que pese a la superación de muchos datos el 'espíritu' de la 'ciudad antigua' claramente percibido por él y sigue vigente, pese a una visión excesivamente racionalista sobre el tema, que favoreció una explicación economicista como la que señalamos.

⁹ Aquí podrá perfectamente aplicarse la tesis de Toynbee sobre "reto-respuesta".

¹⁰ Véase nuestro trabajo "*Algunas consideraciones sobre el foro y el sentido de la ciudad para el romano*", en *II jornadas de Historia de Europa*, Universidad Nacional de Córdoba, 1983.

¹¹ Véase especialmente Agostino Pastorino, *La religión romana*, Milano, Ugo Mursia, 1973, págs. 15-7.

Pero este conjunto de pastores y agricultores que se agrupaban en el Lacio no conformaron una ciudad (*civitas*) —entendida como la agrupación política y religiosa de las familias— y quizás tampoco una urbe (*urbs*) referida al lugar sacro de reunión y domicilio nacido mediante un acto fundacional y que implicaba la existencia mínima de un Capitolio y de un Foro¹².

Los descubrimientos arqueológicos y las investigaciones históricas coinciden en señalar que la ocupación etrusca convirtió al conjunto de poblados rurales en una urbe, y más aún en una *civitas*, al convertir, por medio de un acto fundacional, un lugar profano en sacro¹³. Roma fue claramente una *res sacra* (cosa sagrada) como lo demuestra, por ejemplo, Tilo Livio, al referirse al discurso del dictador Camilo: "Aquí está el Capitolio, donde en otro tiempo se encontró la cabeza humana que, al decir de los adivinos, anunciaba que este punto sería la cabeza del mundo, el soberano de los imperios: aquí la Juventud y el dios Término, cuando los augures trasladaron a otro paraje los dioses del Capitolio, se negaron a abandonar su puesto, con gran satisfacción de nuestros padres; aquí está el fuego de Vesta, los escudos sagrados caídos del cielo y todos esos dioses cuya protección os abandonará en el momento en que les abandonéis"¹⁴. También está aquí el origen del mito de la eternidad de Roma¹⁵.

Roma fue fundada con auspicios y mediante el acto inaugural que establecían los "ritos etruscos"; pero en el contexto de pueblos identificados con la mentalidad agrícola, que pesará durante toda la historia de Roma.

Con referencia a la fundación de la ciudad de las siete colinas, el tema ha sido cuidadosamente analizado por nuestro maestro y amigo Alfredo Di Pietro en *Homo conditor. Consideraciones sobre la fundación de ciudades en Roma*, cuyas líneas generales seguimos en este aspecto y como guía del trabajo¹⁶.

Todos los autores antiguos concuerdan en afirmar que Roma fue fundada "etrusco rito"¹⁷ —rito que los romanos repetirán en la fundación de otras ciudades y cuyos antecedentes se pierden en las "tinieblas indoeuropeas"—. Este rito fundacional era considerado indispensable para conferir a la ciudad su carácter sacral o de espacio sagrado¹⁸. El "etrusco rito" debe entenderse como "una ordenación espiritual y religiosa del espacio"¹⁹.

El estudio de las "disciplinas augúrales" permite comprender que, en última instancia, se trataba de conferir al mundo terrestre (*templum*) las características existentes en el más allá²⁰.

La tarea de interpretar el orden cósmico existente en el cielo y su conformación correspondía a los augures; quienes, leyendo el cielo, averiguaban qué ocurría en "lo alto" para poder aplicarlo a semejanza con la mayor precisión ritual posible en "lo bajo", la tierra o lugar elegido.

Esto lo podemos apreciar en la ceremonia fundacional de la *inaguratio*. Ovidio nos narra los aspectos fundamentales. "Se elige —por medio de los augures— un día apropiado para trazar con el arado- la línea que debían seguir las murallas (*sulculus primigemius* que delimitaba el recinto sagrado o *pomerium*)... Se acercaba la festividad de Palas y es en esa fecha cuando se iniciaban los trabajos. Se excava una fosa (*mundus*)²¹ hasta llegar a suelo firme; en ella se arrojan diversos

¹² El término provendría, según Varrón, de "orbis" (orbe) porque las antiguas ciudades se edificaban en forma circular; y nos permitiría una serie de consideraciones sobre su sentido totalizador.

¹³ Generalmente se utilizaban lugares en que se habían producido manifestaciones directas de divinidades —teofanías— o era elegido por albergar a dioses y antepasados, o elegido por la propia divinidad por los auspicios.

¹⁴ Tito Livio, *Ad Urbe condita*, V-52. Cfr. Ovidio, *Fastos*, VI, pág. 821 y siguientes.

¹⁵ Véase, de nuestra autoría, "El Mito de Roma", en *El imperialismo ruso. Un momento del proceso de expansión rusa: Moscú, la tercera Roma* (tesis doctoral presentada en la Universidad de La Plata, 1983-1984), págs. 1 a 32.

¹⁶ Enrique del Acebo Ibáñez, editor, *La ciudad. Su esencia, su historia, sus patologías*, Buenos Aires, Fades, 1984, págs. 33 a 65 (especialmente págs. 45-51).

¹⁷ Plutarco, *Rómulo*, XI-1/5; Tito Livio, 1-17; Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma*, I, 87; Varrón, *De lingua, latina*, V-143.

¹⁸ Véase Di Pietro, *op. cit.*, pág. 45, nota 26.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Cfr. *La ciudad de Dios*, de San Agustín, y la anterior expresión de Platón, *Tesleto*, 1760.

²¹ Di Pietro, *op. cit.*, pág. 48, nota 40, y también Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, México, ERA, 1975, págs. 328-348 y René Guenón, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Buenos Aires, Eudeba, 1976, págs.

productos agrícolas (necesarios para asegurar la vida y la reproducción de la semilla germinal o fundacional) y tierra traída de los campos vecinos (más exactamente del lugar de origen, de la *terra patrum*, tierra de los padres o antepasados; patria). Se rellena la zanja y sobre ella se erige un altar, y un nuevo hogar comienza a cumplir su misión cuando en él empieza a arder el fuego. A continuación Rómulo, apoyándose con fuerza en la manquera, va señalando con un surco el emplazamiento de las murallas (deja huecos para el paso, las *portae* en que levanta el arado). Una vaca blanca es la que soporta el yugo en pareja con un buey del mismo color²².

El otro acto ritual desarrollado es la *limitatio*, o sea, ubicar el *limes* (límite) de la *urbs*. Con la cabeza cubierta con un velo, el fundador, llevando en su mano derecha un bastón sin nudos curvado en la parte superior y conocido como *lituus*, el que levantaba para ir determinando, según las regiones del cielo, la línea de este a oeste (*decumanus*) y la línea de norte a sur (*cardo*) que la cruza. Así quedaba delimitado un cuadrado (¿la Roma quadrata?) que tenía una *pars antica*, otra *postica*, una *dextra* y una *sinistra*. La región oriental (noreste) —así creada— preanunciaba los buenos presagios, pues era la morada de las divinidades superiores, mientras que en el suroeste residían las divinidades otónicas y las del mundo inferior.

De este modo, por las reglas de la homología, se delimitaba el *templum* celestial y por medio de los ritos especificados por el augur se reconstruía éste en la tierra por la *inauguratio*. Similar ceremonia se realizaba para inaugurar el espacio sagrado de un templo.

El *mundus*, mencionado precedentemente, es —según Mircea Eliade—, el punto de intersección, entre el mundo *inferi*, la *tellus* y la *capit*. "Ahora bien, este sentido de 'punto de intersección' puede ser completado si adelantamos que el último de los ritos era el establecimiento de los dioses celestiales en el punto más alto (Capitolio) dedicado a la tríada de Júpiter, Juno y Minerva. Esto determina la existencia de otro plano ritual que esta vez es de 'orden vertical', y contrapuesto y complementado por el 'plano ritual del orden horizontal' al cual ya hicimos referencia al hablar de las 'líneas cardinales' en el acto de fundación. Este 'plano ritual de orden vertical' está representado en el simbolismo de lo 'alto' y lo 'bajo', en la proyección del eje que va desde la sede de la tríada Capitolina, hasta lo más profundo del *mundus*. Este eje tiene, pues, valor simbólico' de *axis mundi*, pues ponía en comunicación las divinidades 'telúricas' con las 'uranianas', a la negrura de la tierra con lo celeste de los dioses superiores". Y, por último, este *mundus* tiene el valor, desde el punto de vista de la realidad de ser un *amphalos* (ombligo). Si lo hallamos "centrado" se encontrará precisamente en el punto central de la *urbs*, es decir, donde en el "plano ritual horizontal" el *cardo* se cruza con el *decumanus*, y donde, como lo vimos, se produce también la intersección con el "plano ritual vertical". Mirado desde el ángulo de una "geografía sagrada y mítica", que es la efectivamente real para la vivencia de un pueblo, ese *mundus* que ha sido el receptáculo de las *reliquiae* —los bienes apreciados por los fundadores— adquiere el valor de "centro del mundo". De él emana la "energía de la vida" y es "embiológicamente" considerado el punto espiritual de partida para la concepción de la *Roma aeterna*, ideal que será desarrollado más tardíamente como *Roma caput mundi*²³.

Estos acontecimientos habrían tenido lugar hacia el siglo VIII a. C. y en la región del Foro²⁴. A través de escritores posteriores, pero también gracias a las investigaciones arqueológicas, sabemos que a partir del siglo VIII a. C. las tribus sumamente rústicas y dedicadas al trabajo de la tierra accedieron a la *urbs*, pero conservando su antigua estructura social, política y religiosa, que —como vimos— se edificaba sobre la figura del *pater-familiae*, cuya importancia rescata Columela y nos recuerda que el espíritu de la vida familiar será trasladado a la concepción mental de la *civitas* y a la estructura real de la *urbs* y, más tarde, a la concepción "res-publicana" y luego "imperial" del estado.

El respeto por la figura paterna —que comunicaba con los antepasados (penates)— y la

51-62.

²² Ovidio, *Fastos*, V-821.

²³ Di Pietro, *op. cit.*, págs. 49-50, y *El mito do Roma*, cit.

²⁴ Véase Pierre Grimal, *La civilización romana*, Barcelona, Juventud, 1965, pág. 236 y también nuestro trabajo, cit. en nota 9.

solidaridad de toda la *gens* se conoció entre los latinos como *pietas*, virtud que fue ampliada posteriormente en la *civitas* al amor a la *terra-patrum* (patria). Bien nos señala Calderón Bouchet que "este origen campesino mantiene su sello a lo largo de toda la historia romana y cada vez que el giro de los sucesos los llevó a pensar que decaían, su primer movimiento de restauración —como veremos— fue hacia el campo, hacia la tierra. El romano vinculó sus virtudes con la "res rustica"²⁵.

Este antiguo ideal romano que enlazaba al poblador de la urbe con la tierra, juntamente con toda su familia, tuvo antecedentes también en el mundo helénico —aunque su espíritu teórico le llevó a manifestaciones divergentes de las romanas²⁶.

La "terra": El agricultor-soldado

De los textos antiguos surge con nitidez que la tarea del agricultor no debe entenderse únicamente como una lucha para extraer de la tierra los medios de subsistencia, sino que tiene un sentido más profundo en que convive lo material con lo espiritual, o —como decían los romanos del siglo I— la utilidad con el placer²⁷. Cicerón afirmaba "no hallo qué vida pueda ser más feliz; no sólo por el empleo, porque a todo el género humano es útil y provechoso el cultivo de los campos, sino también por la diversión y la abundancia de todas las cosas que pertenecen al trato de los hombres y al culto de los dioses"²⁸.

Para ordenar nuestro análisis puede resultar de utilidad esbozar varias etapas sucesivas en la conformación de esta mentalidad del romano. En una primera etapa el romano fue fundamentalmente agricultor.

En la agricultura el hombre agrega al *datum* de la tierra un *plus* a través de su trabajo y éste se convierte en un verdadero acto fundacional, por el cual se logra que la tierra yerma adquiera vida, se alce hacia lo alto y luego, planificada por el propio agricultor, se desarrolle ordenadamente. Este hecho está tan arraigado en el romano que Cicerón no vacila en sostener que "entre todos los oficios por los cuales se puedan adquirir cosas, ninguno es mejor, ni más abundante, ni más dulce, ni más digno para el hombre libre que la agricultura"²⁹.

Pero en la Roma republicana el hombre que trabajaba su tierra se veía obligado a la vez a luchar por la defensa de su propiedad y de este modo el agricultor se hizo soldado —la segunda etapa—. Para justificar este hecho natural y lógico Dionisio de Halicarnaso lo refirió a los orígenes y afirmó que Rómulo "consideró que cada una de estas ocupaciones separada de la otra era incompleta y reprochable, y por eso no encomendó el trabajo de la tierra a unos y a otros llevar la guerra, como es común entre los lacedemonios —y como la copió por modelo político Platón—, sino que reguló que las mismas personas llevaran una vida militar y agrícola. Si estaban en paz acostumbró a todos a permanecer en las labores del campo, excepto cuando necesitaban ir al mercado; entonces acudían a la ciudad y hacían sus compras, y fijó el noveno día para los mercados. Cuando sobrevenía la guerra les instó a militar y a no ceder a otros ni penalidades ni ganancias"³⁰.

El ejemplo tradicional más nítido del soldado-agricultor fue para los escritores romanos el dictador Quintio Cincinato, cuya actitud refiere Columela cuando escribe: "me consuelo ante los

²⁵ Rubén Calderón Bouchet, *Pax romana*, Buenos Aires, Huemul, 1984, pág. 32.

²⁶ Francois Chatelet, en una concepción sociológica de oposición campo-ciudad —que quizás fuera más adaptable al mundo heleno que al romano— señala: "... la agricultura contribuye a hacer más valioso todavía el suelo de los antepasados y nadie es mejor soldado que aquel que tiene que defender el suelo del que es propietario y que es la fuente de su felicidad. Al dar una vida cómoda, también acrecienta el sentido de la solidaridad; mientras que la vida ciudadana suscita rivalidades que resurgen constantemente, la existencia rural, por su sencillez y su tranquilidad, engendra sentimientos de benevolencia y generosidad. Enseña a mandar con dulzura y a obtener de los servidores esa obediencia interesada y llena de esperanza que es la clave de toda autoridad duradera" (en *El nacimiento de la historia*, México, Siglo XXI, 1978, tomo II, pág. 370).

²⁷ Véase Varrón, *op. cit.*, 1-4.

²⁸ *De la vejez*, XVI.

²⁹ *De Oficios*, 1-42.

³⁰ Dionisio de Halicarnaso, *op. cit.*, 11-28, 2, 3.

testimonios consignados por los escritores que hacen ver como nuestros mayores tuvieron a mucha honra dedicarse a la agricultura; como de ella y del arado fue llamado a ser dictador Quintio Cincinato, libertador de un cónsul y de su ejército que estaba cercado. Y de qué suerte después, habiendo dejado las fascas, que había devuelto después que venció, con más celeridad que las tomó al ser nombrado general, volvió a los mismos novillos y a la misma pequeña haza de cuatro yugadas que había heredado de sus abuelos"³¹. El mismo autor cita otros ejemplos ilustradores como Cayo Fabricio y Curio Dentato, mientras que otros añaden a Fabio Máximo.

Estos elementos nos facilitan el intento de caracterizar los valores propios del romano agricultor y soldado; aquellos que sus sucesores —en épocas de crisis— llamaron los "viejos ideales romanos" o también las *mores maiorem* (costumbres de los antepasados).

Observemos cómo para el agricultor el trabajo se convierte en inaplazable, pues las estaciones —que marcan su calendario y su ritmo rutinario como aceptación de un orden establecido— no esperan y marcan, su propio tiempo. Nos recuerda Grimal que "ningún pueblo tan sensible como el romano al poder que emana de la tierra, a la magia de las estaciones que son el ritmo de la vida"³². A su vez el hombre de campo debe preparar su proyecto anual de trabajo, iniciar los preparativos para poder concretarlo y finalmente efectuar la tarea en los términos adecuados para lograr un buen resultado. El trabajo de la tierra requiere también tiempo y paciencia.

Pero aun con todas estas precisiones y cuidados, el agricultor necesita aceptar el papel de la providencia, pues las "fuerzas superiores" de la naturaleza (tiempo, plagas, etc.) pueden arruinarle la labor de todo un año. Por ello el romano intentará convertir las situaciones desfavorables (*nefasti*) en convenientes (*fasti*), aceptará el destino (*fatum*,) y tratará de superar los inconvenientes mediante la perseverancia, intentando siempre conducir los acontecimientos en vez de ser arrastrado por ellos. También, ante el destino, intentará "llegar a un acuerdo" (contrato) con las divinidades para lograr sus objetivos.

Esta perseverancia ayudará, por un lado, a conferirle una voluntad indomable claramente demostrada en múltiples acontecimientos de la historia romana, como también, en otro aspecto, al sentido de la paciencia y la tolerancia, que caracterizaron la *humanitas* romana que distinguió al hombre occidental.

El trabajo del campo es intransferible ("tomar el arado" es individual) y por ello el romano estará acostumbrado a tomar decisiones, a afrontar las situaciones, y a realizar la tarea por sí mismo, de una manera personal.

Su apego a la tierra como *res* (cosa real) y su apego, en general, a todo lo concreto, pues solamente el conocimiento acertado de la realidad permite una buena cosecha, nos permiten hablar de su sentido realista —al que Barrow llamará "genio práctico"³³— y del cual la historia nos proporciona múltiples ejemplos. Así como la realidad le lleva a aceptar las situaciones de hecho cuando no puede modificarlas, el romano fue sumamente calculador por el temor a las novedades —que escapan a su control— y trató de adoptar todos los recaudos posibles. Ello ayuda a explicar su mentalidad práctica y contractual.

La rutina, surgida de la labor de campo y la aceptación de un "orden establecido", le alejaron de la especulación y le forjaron una mentalidad conservadora, apegada y defensora de las tradiciones —que aseguran la situación creada- y que se manifiesta en la conservación y defensa de las *mores maiorem* y en la *pietas* expresada en lo político por la conservación de las "cosas sacras". Como bien dice Gonzague de Reynold, el romano "si no puede salvar el pasado, siquiera salvará las apariencias"³⁴. Esto lo observamos en la conservación de las instituciones republicanas en pleno período imperial.

Su sentido de la realidad se denota también en el aspecto político, pues cuando debió encontrar una denominación para el estado, al que los helenos llamaron *polis* en un sentido genético-religioso, el romano prefirió referirlo a la realidad y le denominó *res-pública* (la cosa de

³¹ TITO LIVIO III -26. Cfr. Columela, *De agricultura*, I-1.

³² Grimal, *op. cit.*, pág. 206.

³³ Barrow, *op. cit.*, pág. 131 y sigtes.

³⁴ Gonzague de Reynold, *La Formación de Roma. El imperio romano*, Madrid, Pegaso, 1950, pág. 29.

todos).

Pero esta acción de trabajar la tierra tenía además un profundo significado religioso, una verdadera labor sacerdotal (*sacer, sacrum*) que apreciamos en la propia ceremonia de la fundación de Roma³⁵.

Pero este sentido práctico se completa —como vimos— con un gozo espiritual, que conlleva la placidez del hombre de campo que, tras el arduo esfuerzo, se solaza en la *pax* del merecido descanso, observando la extensión del campo sembrado o florecido. Esa *pax deorum* (de los dioses), volcada luego a lo político y enunciada por Elio Arístides en el siglo II de nuestra era cuando se refería al Imperio romano como "un gran jardín". Llevó a Virgilio a referirse a la tierra como "excelentemente justa" (*iustissima tellus*)³⁶ y fue cantada elocuentemente por Horacio cuando expresaba:

"Feliz el que, alejado de negocios,
como en remoto tiempo los mortales,
paternos campos con sus bueyes ara
y no rinde a la usura vasallaje;
ni le despiertan los clarines bélicos
ni teme airados mares,
y evita igual del Foro las intrigas
que del rico soberbio los umbrales.
Ya de la vid los vástagos crecidos
enlaza al tronco de los altos árboles,
viendo vagar sus vacas mugidoras
por el angosto valle;
ya corta con la hoz ramas estériles
e injerta las feraces,
o esquila mansa oveja o guarda en ánforas
las mieles que exprimió de sus panales.
.....
.....
¡Y que ventura si la honrada esposa
cuidado de hijos y del hogar comparte,
cual la mujer Sabina o la de Apulia
tostada por el sol y por el aire;
si ella con secos leños
aviva el fuego, al declinar la tarde,
para el marido que rendido vuelve
del campo a sus Penates;
o si recoge el triscador rebaño
en el redil que con malezas hace,

³⁵ Di Pietro nos recuerda que "en la religión tradicional la pareja primordial está siempre compuesta del Cielo y de la Tierra. Es de notar, asimismo, que en todas las lenguas el cielo es siempre masculino, mientras que la tierra es siempre femenina. De acuerdo con esto, el acto de la agricultura puede ser explicado como el de unión sagrada ("hyeros-gamos") entre el activo —y por lo tanto viril y masculino— Cielo, y la pasiva —y por lo tanto, femenina y maternal— Tierra, naciendo de esas nupcias los frutos naturales. Las lluvias son el líquido fecundante que hará germinar el embrión en el seno de la Tierra, que pasará a ser la Madre Tierra (Mater Tellus); ella deberá, también, al igual que cualquier madre, recibir la semilla en su seno, aguardar el plazo del embarazo y luego dar a luz el fruto. Ahora bien, en esta relación binaria interviene el hombre (homo), como personaje intermediario a los efectos de completar la tríada, y su labor es la de acelerar el proceso divino: si la Tierra ha de producir, cuanto antes debe ser Madre, y por eso abrirle el surco para depositar la feroz semilla, mojarla, separar las malezas, regarla, el agricultor está participando en un proceso sagrado y de allí la licitud de su acceso a la categoría de sacerdote", en E.Laise y otros, *Cristianismo y cultura. Actualidad de la doctrina social de la Iglesia*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1980, pág. 31.

³⁶ Cfr. Di Pietro, "Iustissima Tellus" en Revista *Iustitia*, septiembre-diciembre 1965, págs. 51-68.

y ordeña allí las distendidas ubres;
o bien se saca del tonel fragante
vino dulce del año y adereza
no comprados manjares"³⁷.

Las virtudes que hemos señalado como propias del agricultor y que se transmitieron al habitante de Roma —se complementan perfectamente como bien lo refiere Barrow— en el soldado: "Su vida es la vida misma de la Tierra. Si como ciudadano se siente atraído al fin por la actividad política, será en defensa de sus tierras o de sus mercados o del trabajo de sus hijos. Para el campesino el conocimiento nacido de la experiencia vale más que la teoría especulativa. Sus virtudes son la honradez, la frugalidad, la previsión, la paciencia, el esfuerzo, la tenacidad y el valor, la independencia, la sencillez y la humildad frente a todo lo que es más poderoso... Estas también son las virtudes del soldado. También él ha de conocer el valor de la rutina, que forma parte de la disciplina, ya que tiene que responder casi instintivamente a cualquier llamada repentina. Debe bastarse a sí mismo. El vigor y la tenacidad del campesino son necesarias al soldado; su habilidad práctica contribuye a hacer de él lo que el soldado romano debe ser: albañil, zapatero, abridor de caminos y constructor de balates. Ha de trazar un campamento o una fortificación, medir un terreno o tender un sistema de drenaje. Puede vivir en el campo porque eso es lo que ha hecho toda su vida. El soldado también sabe de ese elemento imprevisto, capaz de trastornar el mejor de los planes; tiene conciencia de fuerzas invisibles y atribuye 'suerte' a un general victorioso a quien algún poder —el destino o la fortuna— utiliza como instrumento. Es leal con las personas, los lugares y los amigos. Si asume una actitud política violenta será con el fin de conseguir, cuando las guerras terminen, tierra para labrar y una casa donde vivir, y con una lealtad aún mayor recompensa al general que defiende su causa. Ha visto muchos hombres y muchos lugares, y con la debida cautela imitará lo que le parezca útil; pero para él su hogar y sus campos nativos forman 'el rincón más risueño de la Tierra' y no deseará verlos cambiar"³⁸

La Urbs: El ciudadano

Fundada la urbe romana nos interesa analizar la mentalidad del "soldado-agricultor" en el desarrollo de la República, fundamentalmente en el pasaje de la *Tellus* a la *Urbs*, conocida como el poblamiento de Roma y posteriormente, seguir su influencia sobre la expansión ("imperialismo").

Como bien lo señalara León Homo "el romano primitivo representa el papel del propietario rural. Habita en sus tierras, a las que quiere con amor a la vez apasionado y religioso, y no viene a Roma sino cada nueve días por las *nundinae*, el día del mercado. Muchas familias romanas se alaban de tomar sus apellidos del trabajo de la tierra, y es su orgullo el hacerse inscribir en las tribus rústicas, las del campo, a título de propietario de tierra"³⁹. Este aspecto de afincamiento a la tierra se aprecia claramente cuando se trasladaba a la urbe únicamente para las compras indispensables o para ir a votar.

En cuanto a la valoración de la relación entre *Terra* y *Urbs*, Varrón, nos recalca "el campo nos ha sido dado por los mismos dioses; pero las ciudades han sido construidas por los hombres"⁴⁰.

Así como la agricultura tenía un sentido fundacional para el hombre romano, según observamos precedentemente, la fundación de una ciudad, era solamente un escalón más —tercera etapa— en, este mismo sentido. Bien lo expresaba el mismo Cicerón cuando decía: "no hay ninguna cosa en la cual la virtud humana se aproxime más al numen de los dioses que el hecho de fundar ciudades o conservar las ya fundadas"⁴¹ ya que la fundación de una ciudad era para el romano como "fundar en la tierra" y no resulta casual que Roma fuese fundada con un arado. Bien lo manifestaba

³⁷ Horacio, *Epodo*, II.

³⁸ Barrow, *op. cit.*, pág. 14.

³⁹ León Homo, *Nueva historia de Roma*, Barcelona, Iberia, 1965, pág. 52.

⁴⁰ Varrón, III-1./4.

⁴¹ Cicerón, *La república*, 1-7.

Di Pietro al afirmar "para el romano fundar una ciudad es una tarea símil a la de echar una semilla en el seno abierto de la tierra, y conservar una ciudad ya fundada es también tarea semejante a la de preservar un campo sembrado o mantener las parras de una viña"⁴². Por ello, para él, "la historia de Roma no fue sino la de una continua siembra: de ciudades por todo el mundo conocido, asentada siempre en las semillas que cultivara el agricultor romano"⁴³

Virgilio nos aclara la cuestión cuando llama al César "autor de las cosechas y señor de las estaciones" e implora de él "el cuidado de las tierras y la visita de las ciudades"⁴⁴.

Las características que surgen de la fundación de una ciudad nos permiten apreciar con claridad —como muestra Fustel de Coulanges— "lo que una urbe significaba en el pensamiento de los antiguos. Rodeada de un recinto sagrado y extendiéndose en torno de un altar era el domicilio religioso que recibía a los dioses y a los hombres de la ciudad"⁴⁵, tesis que confirma Dionisio de Halicarnaso al advertir que no era posible fundar una ciudad sin establecer en ella, previamente, el hogar común. Así se explica que todas las ciudades, como Roma, se construyeran para ser eternas.

Ahora bien, para el romano su *urbs* era su pequeña patria, pero era a la vez, la sede del estado, el soporte de la propia *civitas*⁴⁶ y ésta —del mismo modo que la *Res-Pública*, su expresión política— estaba directamente vinculada, como ya vimos, al propio suelo y a sus dioses (la *terra patrum*). Claramente lo muestra el procónsul Junio cuando se ve obligado a recordar a sus conciudadanos: "Romanos, Rómulo, el padre de esta ciudad, habiendo descendido del cielo, se me ha aparecido al amanecer. Sobrecogido de temor y de respeto, quedé inmóvil, procurando conseguir por medio de ruegos, que me permitiese contemplar su semblante. ¡Ve, me dijo, y anuncia a tus conciudadanos que esta ciudad que yo he fundado, esta Roma mía, será la cabeza del orbe, porque tal es la voluntad de los dioses. Que los romanos se dediquen completamente al arte de la guerra, y que sepan ellos y sus descendientes que ningún poder humano alcanzará a resistir las armas de Roma!"⁴⁷.

Esta característica fue reafirmada recientemente por Pierre Grimal —el destacado profesor de La Sorbona— cuando señaló que "la ciudad romana no representaba solamente un cierto número de comodidades materiales, era sobre todo el símbolo omnipresente de un sistema religioso, social y político que constituía la armadura misma de la romanidad"⁴⁸.

El surgimiento de las ciudades no modificó de manera considerable la conformación —ni el espíritu— del mundo romano, pese al ingreso de extranjeros, inmigrantes y pueblos conquistados. La aparición de los ciudadanos —siglo II a. C.— no implicó la desaparición del campesinado, de cuyos orígenes y de la búsqueda de un equilibrio *terra, urbs* no renegaron los pobladores de Roma⁴⁹. Muy por el contrario se fue fortaleciendo la característica del "soldado-agricultor", cuyos ideales se encarnaron en una especie de "aristocracia terrateniente". Bien lo remarca Grenier cuando afirma que "la vida campesina fue formando la aristocracia destinada a ocupar, en la ciudad y en el Imperio, el lugar que la vieja nobleza había dejado vacío"⁵⁰.

Aquí es menester hacer notar que el traslado de los agricultores a Roma y su conversión en ciudadanos no implicó un enfrentamiento Campo (*Terra*) Ciudad (*Urbs*), antinomia que sostienen los sociólogos y que no se aprecia en esta ocasión en que comprobamos una complementación y no una oposición; que nos permite verificar que el ciudadano conservó la mentalidad del "soldado-agricultor" al menos hasta que se produjo la crisis de la República después de las Guerras Púnicas.

El orbe: El "imperator"

⁴² Di Pietro, "*lustissima...*", cit., pág. 54.

⁴³ *Ibidem*, pág. 55.

⁴⁴ *Geórgicas*, 1-23/24.

⁴⁵ Fustel de Coulanges, *op. cit.*, pág. 102.

⁴⁶ Véase M. Bonjour, *Terre nôtale. Etudes sur le patriotisme romaine*, París, Les Selles Lettres, 1975.

⁴⁷ Tito Livio, I-16.

⁴⁸ Grimal, *Les villes romaines*, París, PUF, pág. 6.

⁴⁹ Grimal, *La civilización...*, cit., pág. 234.

⁵⁰ A. Grenier, *El genio romano en la religión, el pensamiento y el arte*, México, Uthea, 1961, pág. 280.

A la tarea de fundar ciudades —como señala Di Pietro— continúa la de regirlas —cuarta y última etapa— y el "soldado-agricultor", convertido en ciudadano, planifica la tarea gubernamental (política) a la manera como el pretor, copiando al agricultor, organiza anualmente y difunde su plan de acción.

No debemos olvidar que "el romano es un político nato; pero lo es a su manera, que es la manera de un hombre de tierra adentro"⁵¹ como lo muestra Ovidio: "el pretor solamente deja el arado para administrar justicia al pueblo"⁵² y esa manera de ser le lleva, por un lado, a acaparar tierras o, dicho de otra manera, a conquistar. La expansión romana se asienta así en la propia mentalidad del "soldado-agricultor", más que en un interés estrictamente económico, el que surgirá y se acrecentará posteriormente. Por ello es totalmente cierta la afirmación que "el amor a la tierra ejerció gran influencia en el imperialismo romano"⁵³ ideal romano del soldado-agricultor que es descrito por Cicerón durante la crisis al señalar "porque tienen su comercio con la tierra, que jamás rehúsa su cultivo, y nunca vuelve sin usura lo que le entregamos, sino a veces con menor, pero por lo común con mucha ganancia"⁵⁴.

El término *imperium*⁵⁵ significa etimológicamente "ordenar como señor" y así designarán los romanos las relaciones del hombre con la tierra, como también las de la *civitas*. Cicerón, por ejemplo, refiriéndose a aquélla dirá que "nunca rechaza el *imperium* por parte del hombre"⁵⁶ y Virgilio, sobre el agricultor, afirmará "...y no cesa de ejercitar la tierra ni de imperar sobre los campos"⁵⁷.

De lo que se trata, en última instancia, es de organizar el espacio político o, en términos de la época, la *oikoumene* (universo conocido), tarea que el romano considerará su verdadera misión, como bien lo cantará Virgilio en unos célebres versos de la *Eneida*:

"Otros esculpirán más delicadamente bronce que respiran, —ciertamente lo creo— y sacarán del mármol vivas figuras, argüirán mejor las causas y describirán con un compás los rumbos del cielo y mostrarán las estrellas que aparecen; tú, Romano, recuerda que debes regir los pueblos con tu imperio, éstas serán para ti las artes; imponer la costumbre de la paz, acoger a los sometidos, y abatir a los soberbios"⁵⁸.

El Imperio romano se estructuró sobre el derecho de ciudadanía, fomentó el patriotismo cívico, en la medida que la mayoría de los integrantes de la élite de los pueblos conquistados completaba su formación en Roma y sus hijos iniciaban allí, en muchos casos, su actividad pública.

La expansión romana se produjo fundamentalmente —al menos en su primera etapa— por la conquista y anexión de tierras, convertidas en *ager publicus*. Estas, muchas veces, fueron entregadas a colonos y administradas por el Senado. Los veteranos legionarios romanos retirados del servicio, fueron, en la mayoría de los casos, los pobladores de estas colonias y los encargados de difundir la Romanidad en toda la *oikumene*.

Pero, a la vez, con el sentido práctico que caracterizaba al romano la expansión se realizó con lentitud y empirismo, mientras que, en cada oportunidad, se encontró un mecanismo distinto para establecer las relaciones entre Roma y los pueblos sometidos, convertidos a la larga en una "Roma en miniatura", cuyas instituciones se calcaban de la ciudad de las siete colinas.

Di Pietro ejemplifica este aspecto del romano cuando lo compara edil un jardinero. "Cuando tenemos un jardín —dice— y llamamos a un jardinero, lo primero que hace es observarlo, y luego organizado. Lo limpiará de malezas, determinará cuáles son las plantas que hay que colocar, las

⁵¹ Gonzague de Reynold, *op. cit.*, pág. 29

⁵² Ovidio, *Fastos*, I-207.

⁵³ Cfr. La égloga de Virgilio a la tierra y el análisis de Teodoro Haecker, *Virgilio, padre de Occidente*, Buenos Aires, Chersi, 1979.

⁵⁴ Cicerón, *De la vejez*, XV.

⁵⁵ *Ibidem*, XV-51.

⁵⁶ Di Pietro, *Del acebo*, nota 15, pág. 59.

⁵⁷ *Geórgicas*, I-99.

⁵⁸ *La Eneida*, VI-847/53.

que hay que conservar y cuáles aquellas que deben ser trasladadas, o quitadas, pues entorpecen el 'todo'. De manera análoga, cuando el hombre romano se asoma más allá de las siete colinas, primero sobre el Lacio, luego sobre Italia y, por último, sobre el Mediterráneo, guardará ese mismo criterio de 'jardinero'. Con especial paciencia —la del agricultor que sabe aguardar la hora de la "cosecha"— y con particular denuedo —la del que sabe que la labor obtiene su victoria sobre todo con el sudor del rostro— irá 'implantando' la semilla de la romanitas —aquella que tiene su germen en *el mundus* de Rómulo. Fundará nuevas ciudades, conservará aquéllas que merecen ser conservadas y eliminará aquellas que se opongan a su espíritu. Porque así como el hombre romano se preocupa por repetir el gesto paradigmático de Rómulo al fundar ciudades, también destruirá, conscientemente, aquellas que representan el papel de la cizaña en el plan general del 'espacio organizado'. Recordemos el caso de Cartago —su mortal enemiga en el espíritu, dado que el 'ideal mercantil' fenicio era lo más opuesto al 'ideal agrícola' del romano— a la cual no solamente la derrota, la destruye y la aniquila, como poder político, sino que además 'ritualmente' termina esparciéndolo, sobre su ámbito, sal, a los efectos de que no pueda crecer nada. La intención es bien clara a la luz de lo que hemos venido diciendo. Para este 'jardinero político' nada es más cierto como que a ciertas plantas malignas no basta con talarlas, incluso a ras de tierra, es necesario 'matar' su raíz. Y ése fue el sentido del último acto ritual respecto a la principal ciudad enemiga que tuvo Roma"⁵⁹.

La crisis de la mentalidad del "soldado-agricultor"

Como bien sabemos, hasta la Primera Guerra Púnica los propios jefes militares eran campesinos —recuérdese el ejemplo citado de Cincinato— y el poder se encontraba en manos de un patriciado agrario —de terratenientes— que fundamentaban y expresan sus ideales en las *mores maiorem*, una serie de virtudes propias del "soldado-agricultor" que Barrow sintetiza magistralmente afirmando "el respeto por los valores eternos, por la voluntad de los dioses (*pietas*) y su expresión como justicia objetiva en las cosas prácticas de la vida humana; el respeto por la personalidad humana y las relaciones humanas (*humanitas*), tanto en la familia como en el estado o entre los amigos, que se fundaba en el reconocimiento de la personalidad de cada individuo y cuyo resultado era la conservación de la libertad (*libertas*), el respeto por la tradición (*mores maiorem*) que se aferra a lo que se ha ido transmitiendo de generación en generación, puesto que contiene una sabiduría acumulada que un hombre solo o una sola época no pueden proporcionar; respeto por la autoridad (*autorictas*), no como obediencia a un poder superior, sino como reconocimiento del juicio de hombres cuya experiencia y cuyos conocimientos merecen respeto; respeto por la palabra empeñada (*fides*) y la intención expresada, la fe de los romanos gracias a la cual 'conservaban la amistad de sus amigos y de los que confiaban' en ellos y 'la cosa más sagrada de la vida'. El respeto por estas cosas implicaba una formación (*disciplina*) que se obtiene en el hogar, en la vida pública, en la vida en general, la formación que proviene de uno mismo (*severitas*). Una formación de esta clase crea un sentido de responsabilidad (*gravitas*) que hace conceder la importancia debida a las cosas importantes, de tal manera que, una vez que el hombre ha puesto la mano en el arado, ni mira hacia atrás ni titubea, manteniéndose firme en su propósito (*constantia*). Estas son las cualidades que formaron el genio romano"⁶⁰.

Esta enumeración —al resumir los ideales del "soldado-agricultor"— nos manifiesta los valores que se pusieron en crisis a partir de la Segunda Guerra Púnica; circunstancia que estuvo relacionada muy directamente con la modificación de la estructura social y económica del mundo mediterráneo (el *mare nostrum* de los romanos). La conquista romana permitió incorporar gran cantidad de vastas propiedades (latifundios) que, ante la pérdida de mano de obra agraria por encontrarse empeñada en las campañas militares y por el incremento de la mano de obra esclava obtenida a precio bajo en las expediciones de conquista, rompieron los lazos que existían entre la tierra y sus trabajadores, modificando la mentalidad agraria por una nueva concepción

⁵⁹ Di Pietro, *op. cit.*, pág. 57.

⁶⁰ Barrow, *op. cit.*, págs. 219-220.

"crematística" e individualista que caracteriza el aspecto más notable de la crisis del siglo III a. C. en Roma⁶¹.

Estos hechos implicaron la modificación estructural de los campos, pero también produjeron el cambio de la población de Roma, convertida en una urbe sobrepoblada por un nuevo "proletariado" de mano de obra desocupada, proveniente de los campos no rentables y que originó una "plebe urbana" que —pese a los cambios— no olvidará su origen rural y presionará permanentemente por la obtención de nuevas leyes agrarias, que le permitirán regresar a sus añorados campos.

Esta crisis produjo un enfrentamiento "Campo-Ciudad" —como bien lo reflejan contemporáneos como Varrón o Salustio— pero ésta se dio únicamente en el aspecto económico; pues el romano no opuso la *Terra* a la *Civitas* (en todo caso a algunos, aspectos de la *Urbs*) y conservó la mentalidad del "soldado-agricultor". Sólo así es entendible la restauración augustea y aun la síntesis que éste intentó entre *Terra et Urbs*.

Con referencia a la élite dirigente, las modificaciones producidas por las Guerras Púnicas le obligaron a residir en Roma y ello presionaba —como bien señala Grimal— para intentar una modificación de las propiedades rurales en el sentido de su rentabilidad, atento el nivel de vida que implicaba la aparición del lujo oriental que tanto criticó Catón. El mismo romanista francés sostiene que "el famoso plesbicitio claudiano —la ley que limitaba el tonelaje de los navíos poseídos por los senadores— responde al deseo de salvaguardar en la ciudad a un grupo de hombres llamados, a voluntad o por la fuerza, para mantener las virtudes ancestrales, a no ceder a la atracción de las riquezas fáciles que podía procurar el comercio. Es en esta perspectiva —pensamos— que conviene situar igualmente la medida del censor Flaminio que, en el 220 a. C. había inscripto a los libertos en cuatro tribus urbanas, lo que venía a reagrupar y a encerrar en unidades de voto minoritarias a los antiguos esclavos y, a acrecentar o al menos conservar, el poder legislativo de las poblaciones rurales. Es entre ellos que uno encuentra a los pequeños y medianos propietarios, a esos precisamente de quienes Catón hará el elogio durante el tiempo de su censura, en el 184; él mismo había salido de esta categoría de ciudadanos que privilegiaba la medida de Flaminio"⁶².

Precisamente será Catón quien, ante la crisis, encarnó la defensa de los antiguos ideales en su *De re rustica* (s. II a. C.) y también en sus múltiples discursos que Plutarco sintetiza en *Vidas paralelas*⁶³. En el primer libro citado escribió "cuando elogiaban a un hombre respetable sus elogios consistían en «buen granjero», «buen agricultor» y se creía que alguien que fuese elogiado así, había recibido el mayor de los elogios... por otro lado, es de la clase de los agricultores, de donde surgen los hombres más valientes y los soldados más fuertes"⁶⁴.

El objetivo de su libro, según Grimal⁶⁵, consistía en enseñar al patriciado romano un camino intermedio para conservar sus propiedades rurales sin necesidad de abandonar la participación activa en la política; aunque no vacilaba en criticar el "nuevo espíritu crematístico" que encarnaba el "círculo de los Escipiones", embebidos en las "nuevas ideas" mercantilistas, expansionistas e individualistas, que aparejaban; asimismo, lo modificación del "espíritu comunitario familiar" sobre el que se asentaba Roma⁶⁶ y la aparición del "nuevo héroe" helénico como Escipión —el que ensalzarán las obras de Livio Andrónico—; quien, adoptando las ideas, de Alejandro Magno, preparó el culto al dictador y al *imperator*, que costará un siglo de guerras civiles delimitar.

La concepción de Catón se entroncaba —por la vía helenista— con la convicción de que la riqueza era corruptora de los hombres y de las, sociedades y la causa profunda de la decadencia del mundo griego, como lo explicará algo más tarde Polibio de Megalópolis, en continuidad con el pensamiento político helénico.

⁶¹ Véase M. Weber, *Historia agraria romana*, Madrid, Akal, 1982, especialmente, pág. 82 y sigtes.

⁶² Grimal, *Virgile ou la secunde naissance de Roma*, París, Arthaud, 1985, pág.

⁶³ Francesco della Corte, *Catone Censole*, Firenze, La Nuova Italia, 1969, y *Luca De Regibus, II Censare e l'africano*, Genova, Fratelli Pagano, 1959.

⁶⁴ Catón, *De agricultura*, I.

⁶⁵ Grimal, *op. cit.*, pág. 135.

⁶⁶ Cfr. Cicerón: "por el contrario, nuestra Res-pública no ha sido la obra de un genio solo, sino de muchos, ni se afirmó durante el tiempo de una vida humana, sino de varios siglos y generaciones" (*La República*, II-1).

Columela recuerda que "mientras se observó la costumbre de labrar cada uno sus tierras con la más constante aplicación, como aquellos antiguos quirites sabinos y nuestros ascendientes los romanos, está claro que se recogieron, entre el hierro y el fuego, las mayores cosechas, pese a ser frecuentemente devastadas por las incursiones de los enemigos...; ... tantos generales romanos se han distinguido siempre en los dos ejercicios de defender y de cultivar las tierras conquistadas o heredadas de sus padres, diré solamente que han dejado de agrandar a nuestro lujo y a nuestra molicie las costumbres antiguas y la vida natural. Pues todos los, padres de familia, como se quejó ya Marco Varron en tiempos de nuestros abuelos, después de haber dejado la hoz y el arado, nos hemos metido de murallas adentro, y movemos mejor las manos en los circos y en los teatros que entre las mieses y las viñas; y admiramos atónitos los gestos de los afeminados, porque contrahacen un sexo que la naturaleza ha negado a los varones y engañan los ojos de los espectadores"⁶⁷.

En un intento por rescatar las antiguas costumbres ya el poeta Ennio había insistido en la tradición patriótica al recordar que "Roma está edificada sobre sus costumbres antiguas y sobre sus hombres", y en plena época de crisis —que es cuando los hombres se interrogan sobre sus problemas y buscan en los orígenes la respuesta a sus errores— Cicerón no vacilaba en afirmar "en tiempo anterior a nuestro recuerdo, las costumbres de nuestros antepasados produjeron hombres eminentes, y hombres excelentes conservaban las antiguas costumbres y las instituciones de sus mayores. Nuestra generación, a decir verdad, recibió la República como una pintura egregia, pero ya borrosa por el tiempo, y no sólo descuidó reanimar los colores, sino ni siquiera se preocupó de conservar las formas y, por decirlo así, sus trazas elementales"⁶⁸.

Pero aunque la *nobilitas* se degradó y autodestruyó con las guerras civiles, no abandonó su mentalidad de "soldado-agricultor" y reemplazó la vida agraria con los jardines y las villas de recreo y en este lugar —que a diferencia de la corrompida Roma, permitirá el *otium*— conservaron el pensamiento tradicional y facilitaron la irradiación de la civilización romana que, a su vez, se conservó cuando las nuevas élites provinciales —libres de la contaminación crematística— llegaron a Roma y confirmaron -al estructurar las jerarquías imperiales— los dichos de Cicerón o de Plinio cuando expresaban que la romanidad subsistía en las provincias.

En los peores momentos de crisis, los romanos recurrieron al viejo ideal agrario, el mismo que permitió a Augusto su importante reforma restaurando la mentalidad del "soldado-agricultor"⁶⁹ entendido no como una idealización utópica de la edad de oro que Virgilio cantó en la égloga IV ni como una interpretación marxista de ausencia de propiedad privada, sino con el sentido realista (de *res* = cosa) que caracterizaba al romano y que llevó a Cicerón, al interrogarse sobre su vida, a escribir "nada puede haber ni más abundante para gozarlo, ni más hermoso para la vista que un campo bien cultivado. Y no solamente no impide la vejez gozar de él, sino que llama y convida"⁷⁰.

De manera similar, aún cuatro siglos más tarde, el ideal del "soldado-agricultor" pervivía y era evocado por Claudiano:

"Bendito el que satisfecho con lo que el campo produce,
vive en sus heredades;
el que puede contemplar con satisfacción su vida pasada,
cuyo techo paterno le vio joven y anciano;
y que, mientras refiere una y otra vez sus aventuras,
se apoya en un bastón allí donde antes había gateado;
el que nunca sintió el deseo de huir de su terruño,
ni de beber en nuevas fuentes bajo un cielo extranjero.
No es mercader ansioso de ganancias,
no teme las tormentas que azotan el borrascoso mar;

⁶⁷ Columela, *Op. cit.*, I-prefacio.

⁶⁸ Cicerón, *La República*, V-1.

⁶⁹ Véase, de nuestra autoría, "La restauración augustea en Virgilio y su obra" en: *Vil Simposio Nacional de Estudios Clásicos*, Buenos Aires, 1982.

⁷⁰ Cicerón, *De la vejez*, XVI.

tampoco soldado temeroso de ir a la guerra;
ni le sobresalta el ronco clamor del ruidoso foro.
Sin embargo, se presentan a su vista, objetos más nobles;
hermosos campos floridos y el bello cielo estrellado.
No cuenta el cambio de cónsules, sino que computa
la sucesión de los cónsules por la sucesión de los frutos.
El sazonado otoño trae consigo cargas de manzanas,
y las florecillas son el lujo de la primavera.
Sus campos, que reciben el primer rayo del sol
ven desvanecerse el último resplandor de sus rayos.
Erguidas columnas señalan las horas que pasan,
sirviéndole de mojones a la par de cuadrantes.
Conoció aquel frondoso roble cuando era un débil tallo,
y recordaba como había crecido toda la arboleda.
Las murallas de Verona le parecen tan remotas como la India,
Benaco es para él el Golfo Árábigo.
Sin embargo, contempla tres generaciones de su estirpe,
y sus nietos saludan al vigoroso anciano"⁷¹

⁷¹ Barrow, *op. cit.*, pág. 132.